

Crisis y procesos territoriales*

Ana García de Fuentes
Josefina Morales •

Introducción

El proceso de organización del espacio, de la formación de las estructuras territoriales, es muy complejo, pues es producto de la interrelación entre fenómenos que se rigen por leyes de distinta naturaleza y temporalidad: leyes físicas, biológicas y sociales.

Las estructuras territoriales tienen una dinámica de largo plazo en la que lenta, pero constantemente, se transforma el espacio como resultado de la evolución natural y del quehacer económico de la sociedad que utiliza la naturaleza e incide sobre ella de distinta forma en cada periodo a lo largo de la historia.

En países como México, dominados por la dependencia y el subdesarrollo, estos procesos han sido históricamente alterados por los intereses del capital extranjero.

Las estructuras territoriales alcanzadas hasta el inicio de la década de 1970, producto de un proceso de más de 30 años en que el capitalismo mexicano consolidó una nueva etapa de su desarrollo y el capital monopolista –nacional, extranjero y estatal– se convirtió en

* Este trabajo es resultado del programa *Atlas Nacional de México* en preparación por el Instituto de Geografía de la UNAM.

• Investigadoras del Instituto de Geografía y en el Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, respectivamente.

el eje de la acumulación, enfrentan una convulsiva transformación que se inicia en esa década.

Con la crisis los distintos tiempos de los procesos de la naturaleza, la sociedad y la economía se violentan, alteran y entrelazan, multiplicando las contradicciones que inciden en las estructuras territoriales.

Entre los cambios destacan los que acentúan la desigualdad regional y determinan el curso de nuevos procesos territoriales: la apertura de nuevos espacios económicos, cambios en la intensidad de la explotación del territorio y sus recursos, diferentes criterios de localización de las actividades económicas para orientarlas hacia el mercado exterior, nuevas características de la desigual relación campo-ciudad y el cambio de calidad en la relación sociedad-naturaleza que lleva a la crisis ecológica con consecuencias directas sobre regiones específicas del país y repercusiones en el equilibrio global del mismo.

Estos procesos en curso están perfilando una nueva organización del espacio nacional en la que, en medio de agudas contradicciones, se impone una nueva forma de inserción de nuestro territorio en la economía transnacional.

La crisis económica y los cambios en la estructura productiva regional

Desde principios de la década de los años setenta, la economía mexicana vive una crisis de largo plazo que ha cambiado su estructura productiva y territorial. El crecimiento económico se vuelve más inestable y desigual; se disloca el sistema financiero en su relación con el aparato productivo y los desequilibrios estructurales se ahondan.

El ciclo de reproducción del capital se altera: se acortan los periodos de recuperación, se prolongan los de recesión y aparece en éstos la inflación. Desde 1982 se enfrenta una situación de semiestancamiento con una caída de la producción industrial, más aguda en la industria metálica básica, maquinaria y equipo y productos de bienes de consumo duradero. La incidencia en las condiciones de vida de la población es brutal. (Carmona, 1987).

Existen diversas perspectivas teóricas y políticas en el análisis de este periodo. Las que consideran que sólo hay crisis a partir de 1983 cuando es negativo el crecimiento del producto interno bruto (PIB); algunas explicaciones oficiales señalan que la crisis es externa derivada de la caída de los precios internacionales del petróleo y de otras

materias primas junto con la elevación de las tasas de interés y de los precios de los bienes de capital (López Portillo, 1982). Otros afirman que fue “el populismo” y el “modelo desarrollista estabilizador”, impulsado desde los años cuarenta el que entró en crisis. Los organismos empresariales afirman que fueron las políticas de Echeverría y López Portillo las que llevaron a la bancarrota al país.

La crisis de largo plazo se inicia con diversos obstáculos sectoriales a la acumulación, particularmente en la agricultura de granos básicos y la industria. El estado sostiene la dinámica de la acumulación con inversión en infraestructura, energéticos y algunos proyectos industriales. En 1976 la crisis financiera —devaluación, deuda, inflación, déficit público— es detonante de una fuerte contracción.

Durante el auge petrolero de 1979-1982 se registró un explosivo crecimiento con inflación y endeudamiento. Se acentuaron viejas deformaciones estructurales y se crearon nuevas al petrolizarse la economía nacional y la de algunas entidades federativas, ahondándose la desproporcionalidad de las economías regionales.

El auge fue aprovechado fundamentalmente por 40 grupos financieros que al calor de la crisis se consolidan: entrelazan las actividades de la banca, la industria, la agricultura, la minería y el comercio; dominan las actividades más dinámicas, se asocian crecientemente con el capital extranjero, monopolizan la actividad económica; estrechan, no sin divergencias, sus lazos con el Estado, el que no sólo es su principal cliente sino también socio y garante de recursos vía créditos y subsidios diversos. (Aguilar, 1982 y Cordero, 1977).

Entre 1970-1980 la tasa media anual de crecimiento del PIB fue del 6.6 por ciento, registrándose en 14 estados del territorio mexicano una tasa menor que la nacional. El PIB per cápita creció al ritmo de la población, 3.3 por ciento anual; 22 entidades registraron un crecimiento menor de esta variable, destacando Sonora con apenas el 0.7 por ciento, Sinaloa con el 1.1 por ciento y Zacatecas, Veracruz, Morelos, Guanajuato y Baja California Sur con poco más del dos por ciento, estados cuya estructura productiva registraba en 1970 una importante participación de las actividades agropecuarias. Los de mayor crecimiento son Tabasco y Chiapas por la incidencia del petróleo (20.6 y 12.2 por ciento, respectivamente); Quintana Roo por el turismo y el Estado de México por la transformación de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (veáanse cuadros 1 y 2).

En 1970, 10 estados contribuían con más del tres por ciento cada uno al PIB nacional (Chihuahua, D.F., Guanajuato, Jalisco, México,

CUADRO 1
ESTRUCTURA DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO
POR ENTIDADES
1970-1980

Nombres	Agropecuarias		Minería y petróleo		Manufacturas		Construcción		Comer., Rest., Hot.		Serv. Fin.		Serv. Com.	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Total Nacional	12.2	8.0	2.5	6.8	23.7	23.0	5.3	6.5	25.9	23.3	11.3	7.9	14.4	17.7
Aguascalientes	19.2	13.2	0.8	1.0	12.0	15.2	5.6	8.4	33.0	29.4	11.6	8.9	13.1	16.2
B. C. Norte	8.3	9.0	0.2	0.2	18.4	17.9	7.3	8.4	35.2	29.1	8.4	8.2	16.6	22.1
B. C. Sur	21.4	12.7	7.7	9.4	11.2	7.7	5.6	6.3	26.0	27.3	7.9	6.7	16.6	22.9
Campeche	29.9	26.1	0.3	0.2	15.3	10.4	4.1	7.8	22.9	24.6	10.2	7.9	13.4	17.2
Coahuila	9.7	6.1	5.4	5.8	24.9	26.9	5.1	6.4	27.8	25.9	9.2	5.9	12.5	15.9
Colima	26.4	16.4	0.9	10.8	9.5	7.7	5.8	8.0	26.9	25.5	12.8	7.1	14.9	17.3
Chiapas	31.0	15.5	7.5	45.0	10.9	10.6	2.7	2.7	17.1	9.2	13.4	4.8	7.9	8.0
Chihuahua	14.7	12.1	9.8	7.5	12.2	15.1	6.2	7.2	28.4	27.3	10.8	7.4	13.5	18.0
Distrito Federal	0.3	0.3	0.3	0.7	27.7	27.5	4.7	5.5	31.3	25.7	10.3	8.4	21.0	26.0
Durango	25.5	21.4	4.8	5.2	17.6	17.0	3.9	6.3	18.8	20.9	12.9	8.3	11.2	16.1
Guanajuato	21.2	12.4	1.4	2.6	19.7	18.8	4.8	6.3	27.5	29.3	12.6	10.6	9.2	14.7
Guerrero	19.6	14.3	1.2	3.1	6.8	5.6	4.5	6.0	30.4	34.4	13.5	9.6	12.6	17.5
Hidalgo	16.1	13.3	4.6	4.7	26.5	33.3	5.3	5.6	16.2	11.6	16.0	8.1	10.7	12.3
Jalisco	17.2	12.1	0.9	1.2	22.9	23.4	6.1	6.9	27.3	25.9	10.0	7.3	11.3	15.4
México	6.2	4.8	0.4	0.4	48.1	38.1	6.5	8.3	16.3	23.7	9.0	6.5	8.5	12.0
Michoacán	24.8	20.9	1.4	2.0	9.8	12.5	5.3	6.5	24.8	24.5	18.1	11.2	12.1	16.7
Morelos	20.6	11.3	0.8	0.8	17.9	22.4	7.3	11.6	23.1	21.5	11.9	8.5	13.8	17.6
Nayarit	31.3	24.2	0.2	0.4	15.9	18.8	3.1	7.0	20.7	19.6	13.7	9.2	11.7	15.5
Nuevo León	5.3	2.3	0.9	0.7	38.3	35.5	5.5	5.9	23.5	23.5	9.9	8.1	13.2	18.0
Oaxaca	25.9	23.5	0.9	1.2	12.3	15.6	3.2	4.8	17.3	16.4	22.7	12.8	12.2	18.6
Puebla	14.6	12.3	0.3	0.4	23.0	26.9	5.4	6.6	21.6	21.2	16.9	10.1	13.2	15.9
Querétaro	18.0	11.4	2.4	1.9	27.3	34.3	6.6	7.6	19.0	17.0	11.6	8.0	11.7	14.1
Quintana Roo	33.4	6.9	0.1	0.3	8.0	3.2	6.4	6.5	22.9	52.2	9.8	4.8	16.2	17.8
San Luis Potosí	16.8	11.4	4.9	2.9	14.9	21.7	5.7	9.1	26.0	23.7	15.7	10.4	13.0	16.5
Sinaloa	29.0	22.0	0.9	0.6	11.9	11.4	5.0	8.1	24.8	23.9	10.3	7.8	13.8	17.4
Sonora	29.5	17.2	4.7	7.2	9.7	12.1	5.0	7.3	27.2	24.3	8.7	7.7	11.6	17.8
Tabasco	19.6	3.8	26.4	77.9	7.3	3.2	5.0	2.1	17.4	5.2	11.5	2.0	10.1	4.3
Tamaulipas	14.2	12.5	1.3	1.7	12.8	14.1	7.4	9.4	31.4	26.3	10.0	7.8	15.5	18.2
Tlaxcala	11.6	15.3	0.3	0.3	22.8	24.0	6.5	7.8	19.1	17.2	22.5	12.0	13.5	16.6
Veracruz	19.4	12.3	9.4	10.3	18.6	20.9	4.9	6.1	20.4	20.5	11.4	7.7	10.4	14.8
Yucatán	11.7	8.4	0.5	0.4	21.9	17.1	4.2	9.2	29.8	29.5	13.5	10.6	14.2	19.0
Zacatecas	29.8	22.9	11.8	11.3	5.1	4.1	4.5	10.0	18.1	19.0	17.8	13.1	9.7	16.3

FUENTE: INEGI, SPP. "Sistema de Cuentas Nacionales de México", México, 1985, pp. 16-17 y 28-29.

CUADRO 2

ESTRUCTURA DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA POR ENTIDADES 1970-1980

Entidad	Alimentos		Textiles		Química		Produc. de min. no metálicos		Metálica Básica		Produc. de metálicas maq. y equipo	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Total Nacional	27.9	24.1	14.8	13.1	17.5	18.3	5.8	5.6	5.6	6.1	17.9	20.8
Aguascalientes	57.2	56.3	21.2	21.2	3.7	1.5	4.0	3.6	0.7	1.0	9.8	15.1
B. C. Norte	43.1	46.7	12.5	11.0	4.6	5.2	4.8	3.9	0.1	0.0	2.7	24.7
B. C. Sur	68.8	55.4	21.3	29.5	3.5	4.0	1.8	2.4	0.1	0.1	2.7	3.4
Campeche	72.5	55.2	6.0	8.5	3.0	3.7	0.9	5.0	--	--	1.8	3.4
Coahuila	18.5	14.9	7.1	10.7	6.3	4.4	6.6	9.3	40.4	33.6	18.7	24.1
Colima	64.9	61.2	9.4	12.9	17.5	12.8	1.1	2.1	--	3.4	1.8	0.6
Chiapas	65.8	35.9	7.5	7.1	2.4	47.0	1.0	1.0	--	--	0.3	0.2
Chihuahua	30.8	18.3	7.5	10.9	7.6	6.4	4.0	5.5	4.6	4.9	6.6	14.8
Distrito Federal	20.3	18.1	15.4	13.9	24.0	22.1	3.4	3.1	2.7	3.1	20.9	23.9
Durango	43.9	22.7	6.4	8.7	9.6	8.3	2.3	2.6	1.2	2.4	4.4	4.2
Guanajuato	24.7	24.0	30.9	28.9	33.1	33.0	6.1	4.5	0.1	0.2	2.9	6.7
Guerrero	46.8	52.2	21.9	20.0	3.9	4.0	8.0	6.0	0.0	--	1.1	1.0
Hidalgo	22.4	7.1	13.4	7.2	0.7	10.5	17.1	14.4	6.2	8.3	39.5	50.6
Jalisco	38.6	38.0	21.5	18.9	11.5	11.3	10.1	7.4	0.6	1.5	7.8	10.6
México	15.0	10.1	13.2	13.2	19.0	20.5	6.9	6.8	5.4	5.9	28.6	31.9
Michoacán	47.5	44.3	11.9	8.1	20.6	11.7	3.4	2.5	--	1.8	1.1	0.6
Morelos	31.3	23.5	23.0	28.9	7.3	13.0	8.8	8.3	--	--	25.5	23.3
Nayarit	87.8	86.9	5.0	4.0	2.5	1.4	2.3	0.9	--	--	0.4	1.1
Nuevo León	28.5	21.7	5.7	5.6	11.5	14.4	12.2	12.3	15.9	15.9	18.9	22.7
Oaxaca	63.1	33.8	6.8	7.7	3.4	25.8	5.9	5.2	--	--	1.0	0.5
Puebla	26.0	25.3	32.0	20.9	8.2	7.8	4.3	3.0	8.8	17.9	17.2	22.4
Querétaro	39.0	38.7	10.8	7.8	1.3	0.8	1.2	3.8	--	--	46.2	44.9
Quintana Roo	26.2	21.3	7.4	11.7	0.2	0.4	1.1	2.4	--	--	0.5	2.0
San Luis Potosí	45.9	53.1	21.2	8.1	7.1	5.0	9.3	11.2	1.3	6.6	6.6	5.3
Sinaloa	73.6	69.1	8.7	8.0	5.1	3.0	4.4	5.9	0.5	0.1	3.8	5.3
Sonora	50.3	47.5	17.7	14.1	7.6	6.4	6.3	3.7	0.8	0.7	12.9	11.6
Tabasco	82.1	35.7	8.3	6.2	22.2	51.6	1.8	0.8	--	--	0.7	0.6
Tamaulipas	33.4	25.5	9.8	7.7	9.2	50.6	3.0	3.2	--	0.0	9.2	7.1
Tlaxcala	46.9	28.0	32.0	29.8	6.8	7.7	4.7	4.7	--	--	6.7	2.7
Veracruz	42.8	41.2	7.6	6.2	29.2	32.4	2.3	2.7	10.1	8.3	4.2	3.4
Yucatán	27.3	30.2	60.3	52.3	2.2	2.7	2.3	7.8	0.0	0.4	1.2	1.0
Zacatecas	67.5	62.5	13.4	16.2	3.1	4.3	7.2	5.0	--	0.3	1.1	2.6

FUENTE: INEGI, SPP, "Sistema de Cuentas Nacionales de México", México, 1985, pp. 170-171 y 182-183.

Nuevo León, Puebla, Sonora, Tamaulipas y Veracruz), representando en conjunto el 72.1 por ciento. Para 1980, sólo siete estados contribuyeron con más del tres por ciento al PIB nacional, aparece Tabasco con el cuatro por ciento —10 años antes lo hacía con el 1.2 por ciento— Guanajuato, Chihuahua y Sonora descienden su participación relativa en el total nacional. (INEGI, Sistema de Cuentas Nacionales, 1986).

Según las cuentas nacionales en 17 entidades se registran cambios importantes en la estructura de su PIB en la década de los setenta (véase cuadro 2). En Colima, por ejemplo, la producción de Peña Colorada y las Encinas permitieron que el PIB minero representara en 1980 el 10.8 por ciento del PIB estatal, cuando en 1970 no alcanzaba el uno por ciento. En Hidalgo destaca la actividad manufacturera que alcanzó el 33.3 por ciento del PIB estatal y el descenso de la actividad agropecuaria; de no contribuir a la generación eléctrica nacional en 1970, para 1980 lo hizo con el siete por ciento.

Morelos es otro estado que ve descender su contribución agropecuaria, particularmente en el arroz en casi un 50 por ciento (de 65 464 toneladas a 28 299 en el mismo periodo) y eleva la de su industria manufacturera. En esta última desciende la importancia de la alimenticia (problemas de los ingenios) y se eleva la química (véase cuadro 3).

También es desigual el impacto regional de la crisis financiera. La devaluación de 1976 afectó en mayor medida a Baja California y a las ciudades fronterizas más importantes como Ciudad Juárez, Mexicali y Tijuana volvió a exhibir su precaria integración a la economía nacional, en particular en el abasto de bienes básicos. La petrolización en Tabasco provocó una ola especulativa inflacionaria y del suelo urbano.

A partir de 1982 el país enfrenta un nuevo momento de la crisis caracterizado por la tendencia al estancamiento, agravamiento de los desequilibrios financieros, desproporcionalidad de la estructura productiva y el peso usurero de la deuda externa que ha significado una sangría de más de 85 mil millones de dólares en el sexenio de Miguel de la Madrid. (Banco de México, *Indicadores 1987* y Banco Nacional de Comercio Exterior, 1988).

La crisis de la economía nacional se inserta en la crisis internacional del capitalismo, que es también de largo plazo y ha provocado enormes cambios estructurales, sociales y políticos y tiene en curso un violento proceso de recomposición de capitales transnacio-

nales y de la estructura productiva con la revolución científico-técnica (Cataife, 1985 y Aguilar, 1986).

La crisis económica ha generado una recomposición de los grandes capitales nacionales y de su entrelazamiento con el capital extranjero y estatal.

La economía nacional enfrenta nuevas formas de dependencia y subordinación al gran capital transnacional que está imponiendo, vía la deuda, una restructuración de la planta productiva hacia la maquilización y la exportación, así como la apertura del mercado interno al amparo del GATT, que afectará la planta productiva. La inversión extranjera acumulada pasó de 12 mil millones de dólares en 1982 a 22 mil millones en 1988 (SECOFI, 1988). Controla, como siempre, las actividades más dinámicas: automotriz terminal para la exportación, petroquímica secundaria, bienes de capital, farmacéutica, telecomunicaciones, electrónica, alimentos balanceados, entre otras.

La crisis que vive nuestro país no es sólo económica, es también social y política. Tan sólo la participación del salario en el PIB disminuyó de 38 por ciento en 1976 al 23 por ciento en 1988 mientras el salario en términos reales ha perdido más del 60 por ciento de su capacidad de compra en los años ochenta. La crisis se manifiesta con desigual intensidad regionalmente, pues mientras unas regiones se deprimen —caso de la zona centro— otras enfrentan incluso un auge económico, con impactos sociales y ecológicos diversos.

Apertura de nuevos espacios a la economía

La crisis intensifica la lucha intermonopolista por el dominio de los recursos de todo tipo y lleva, entre otras cosas, a una rápida ampliación del espacio económico.

Entre las líneas de acción estatal vinculadas a la apertura de nuevos espacios destaca la construcción de carreteras y la creación de “polos de desarrollo”, en lugares que no contaban con una infraestructura urbana previa.*

Desde el punto de vista espacial los territorios que mayor impacto recibieron por la construcción vial son justamente aquellos que tenían una precaria integración —incomunicados y casi marginales en

* La red de carreteras pavimentadas pasó de 41 mil kms en 1970 a 66 mil kms en 1980, creciendo después a un ritmo menor hasta alcanzar 72 500 kms en 1985, (STC 1970, 1980 y 1985).

CUADRO 3
TASA DE CRECIMIENTO DEL PIB POR ESTADOS
1970-1980
(a precios constantes de 1970)

<i>Entidad</i>	<i>Producto interno bruto</i>		<i>PIB per cápita</i>		<i>Tasa media anual de crecimiento</i>	
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>PIB</i>	<i>PIB per cápita</i>
Total Nacional	444 271.4	842 011.1	9 094	12 567.1	6.60	3.29
Aguascalientes	2 468.6	5 144.5	7 175	9 874.8	7.62	3.25
Baja California Norte	11 686.0	18 972.6	13 262	16 073.8	4.97	1.94
Baja California Sur	1 648.2	3 421.4	12 607	15 846.5	7.58	2.31
Campeche	1 953.6	4 012.6	7 606	9 507.6	7.46	2.26
Coahuila	12 373.1	22 396.6	10 948	14 349.0	6.11	2.74
Colima	1 915.1	3 961.1	7 826	11 410.1	7.54	3.84
Chiapas	7 174.6	22 753.0	4 520	10 933.5	12.23	9.24
Chihuahua	15 095.5	23 763.6	9 279	11 831.5	4.64	2.46
Distrito Federal	122 452.7	211 783.2	17 634	23 940.2	5.63	3.10
Durango	6 234.5	10 723.7	6 576	9 055.7	5.57	3.25
Guanajuato	14 963.3	24 490.9	6 516	8 131.3	5.05	2.24
Guerrero	7 629.5	14 040.5	4 723	6 643.0	6.29	3.47
Hidalgo	5 933.6	12 729.8	4 918	8 211.4	7.93	5.26
Jalisco	31 682.8	55 288.2	9 502	12 621.2	5.73	2.88
México	38 291.6	92 094.9	9 718	12 118.0	9.17	2.23
Michoacán	11 273.9	19 949.9	4 809	6 943.8	5.87	3.74
Morelos	4 801.2	9 100.1	7 658	9 580.8	6.60	2.27
Nayarit	3 806.8	6 469.8	6 916	8 892.3	5.45	2.55
Nuevo León	26 140.3	49 693.7	15 181	19 720.8	6.63	2.65
Oaxaca	6 566.7	11 836.7	3 237	4 990.8	6.07	4.42
Puebla	14 414.9	27 307.1	5 680	8 140.7	6.60	3.66
Querétaro	3 532.9	7 969.2	7 153	10 743.7	8.47	4.15
Quintana Roo	815.0	3 394.4	8 900	14 923.3	15.33	5.30
San Luis Potosí	6 925.2	12 245.6	5 344	7 302.2	5.87	3.17
Sinaloa	10 968.3	17 577.6	8 528	9 477.2	4.83	1.06
Sonora	14 092.7	20 603.3	12 661	13 580.9	3.87	0.70
Tabasco	5 151.6	33 239.6	6 617	31 388.7	20.57	16.85
Tamaulipas	14 143.6	24 825.0	9 599	12 874.8	5.79	2.98
Tlaxcala	1 772.1	3 849.3	4 165	6 902.5	8.07	5.18
Veracruz	28 699.6	48 950.6	7 418	9 064.2	5.48	2.02
Yucatán	5 030.1	9 561.4	6 543	8 967.7	6.63	3.20
Zacatecas	4 532.9	6 715.8	4 730	5 900.3	4.01	2.24

FUENTE: INEGI, "Sistema de Cuentas Nacionales de México, estructura económica regional". México, 1985.

la vida económica del país: la costa del Pacífico, la Península de Baja California cuya porción sur en 1970 era aún territorio federal, la zona tropical del sureste y la costa del Caribe con Quintana Roo que también era territorio federal. Las carreteras integraron otros espacios en las zonas montañosas o en el norte, pero su impacto fue de escala regional o local.

La política de polos de desarrollo se tradujo en enormes inversiones estatales en infraestructura urbana y principalmente turística (excepto el caso de Lázaro Cárdenas-Las Truchas con un objetivo industrial). Surgieron nuevas ciudades monofuncionales que en un periodo muy breve reprodujeron la problemática de las grandes urbes del país —asentamientos irregulares, desempleo, insuficiencia de servicios para la migración espontánea, etcétera— y en menos de 10 años se transformaron zonas hasta entonces rurales con muy poca población.

Destaca el caso de Cancún, ciudad cuya construcción se inicia en los setenta en una zona prácticamente despoblada. Para 1980 sobrepasa los 33 mil habitantes y para 1985 se estima una población de 100 mil habitantes con una tasa de crecimiento en esta década de 19 por ciento anual (Secretaría de Gobernación, 1987).

Baja California Sur ha tenido como principal medio de comunicación el aéreo que facilita la relación con el turismo norteamericano. La carretera que recorre longitudinalmente la península, construida en los años setenta, impulsa un uso extensivo de gran parte del litoral con fines recreativos, en el que la especulación con la tierra desempeña un papel muy importante.

Con la ley para “Promover la inversión mexicana y regular la inversión extranjera” del 9 de marzo de 1973, se crearon las bases para legalizar la propiedad extranjera en costas y fronteras, prohibida por la Constitución utilizando la figura jurídica del fideicomiso. A partir de ella se han creado miles de fideicomisos con fines turísticos en los que la participación del capital extranjero es importante.

El auge petrolero de 1979-1982, cuyos antecedentes de infraestructura y explotación se inician en 1973, incorpora a la producción una región del sureste: Tabasco, Chiapas y la plataforma marina de Campeche. Los cambios son profundos: infraestructura básica para la perforación de los pozos petroleros, alteración del medio físico, densa red de ductos bajo un territorio rural de población dispersa y ajena a este proceso, y competencia por el uso del suelo entre la ganadería, la agricultura y el petrolero.

La ganadería bovina es otra actividad que destaca en la orientación económica que adquieren los espacios de reciente asimilación, particularmente en Chiapas y Tabasco, en menor medida Campeche y más recientemente la vertiente occidental de Michoacán. En la década 1970-1980 Chiapas se convirtió en la segunda entidad productora de bovinos del país al elevar su participación del 5.1 al 8.7 por ciento; Tabasco pasó del lugar número 17 al octavo (INEGI, 1985).

Cambios en el campo, la ciudad y su interrelación

En esta crisis de largo plazo cambian radicalmente las relaciones campo-ciudad. La población se concentra en las ciudades (70 por ciento según las últimas estimaciones) que se desarrollan a costa de los recursos del campo: agua, tierra, mano de obra; las inversiones también se destinan en mayor medida a las ciudades, abandonándose el campo. La actividad agropecuaria contribuye hoy con sólo el 10 por ciento del PIB, y da empleo a menos del 20 por ciento de la PEA (la agricultura en particular disminuyó su contribución a la producción nacional del 7.4 en 1970 a cuatro por ciento en 1988).

Se acentúa el contraste entre el campo y la ciudad pero también la desigualdad en la actividad productiva agropecuaria, entre la moderna, capitalizada y destinada al consumo de los sectores de altos ingresos y a la exportación, y la de temporal minifundista, cuya superficie se estanca y en años críticos disminuye.

Entre 1970 y 1980 la población del país creció 37.3 por ciento y los productos básicos para la alimentación como frijol, arroz, trigo y maíz incrementaron su producción en uno, 10.4, 4.0 y 39.3 por ciento respectivamente. La introducción de cultivos más rentables, fundamental para el desarrollo del sector, se realizó en México a costa de una dependencia alimentaria que significa importaciones de hasta 10 millones de toneladas de granos básicos. Mientras la superficie de sorgo se duplica en el periodo 1970-1986 y la de soya pasa de 112 mil a 405 mil hectáreas, la de arroz apenas si aumenta 30 por ciento y la de maíz seis por ciento en el mismo periodo (SARH, 1988).

La superficie bajo riego que hoy es de aproximadamente 5.5 millones de hectáreas, en 1970 era de 2.5 millones reorientándose los cultivos en ella. Crece la superficie destinada a granos forrajeros, a cultivos industriales como oleaginosas, y la de hortalizas y flores de exportación a costa de los granos básicos para la alimentación cuya

producción además de casi no crecer se desplaza a otras regiones, principalmente temporaleras.

Estados como Chiapas, Tamaulipas, México y Puebla incrementaron entre 50 y 200 por ciento la producción de maíz mientras en Jalisco, principal productor, ésta disminuyó a la mitad.

A la expansión de la frontera ganadera sobre la selva tropical se agrega el crecimiento de la porcicultura y avicultura; el número de ejemplares porcinos aumentó de 10 a 18 millones y el de aves de 127 a 200 millones. La avicultura antiguamente concentrada en Sonora, Querétaro y Michoacán se extiende a Guanajuato, Yucatán y el Estado de México, entre otros.

Este crecimiento desigual ha traído cambios en la composición de la fuerza de trabajo rural. Se incrementa el número de jornaleros agrícolas que hoy constituye una de las características de la población activa en el campo, crece la participación de la mujer en la recolección y el empaque y surge un pequeño sector de obreros, técnicos y profesionistas con empleo permanente en las modernas producciones agropecuarias.

En las zonas de modernización agropecuarias se acelera el control directo e indirecto del gran capital monopolista nacional y extranjero y es ya característico encontrar en las ciudades de esas zonas centros de comercialización, industrias agroquímicas, de alimentos balanceados y transnacionales alimenticias. Los capitales industriales por su parte se convierten en grandes capitales agropecuarios, tal es el caso del grupo DESC, Alfa, Nestlé.

En el proceso de urbanización son también profundos los contrastes. Este se caracteriza por el peso desmedido de la Ciudad de México, la metropolización de las ciudades más importantes del país y el crecimiento de las ciudades medias, muchas de ellas capitales estatales, que están reproduciendo aceleradamente los problemas de las anteriores.

El crecimiento explosivo de la Ciudad de México ha creado problemas cualitativamente distintos, críticos. La Zona Metropolitana de la Ciudad de México abarca el Distrito Federal y 21 municipios conurbados del Estado de México (Negrete, 1986) si bien otros autores consideran que por su impacto deben incluirse en la megalópolis a municipios de los estados de Morelos, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Querétaro. La metropolización de Guadalajara y Monterrey es también acelerada; esta última concentra a más del 70 por ciento de la población del estado de Nuevo León. Fenómenos similares se regis-

tran en Puebla-Tlaxcala, León-Irapuato-Salamanca-Celaya; Coatzacoalcos-Minatitlán-Cosoleacaque, entre otras.

La industrialización, los servicios y el comercio han sido los motores del crecimiento urbano. Pocos fueron los proyectos industriales que crearon nuevas ciudades; sobresale el caso de Lázaro Cárdenas-Las Truchas en la costa de Michoacán, entrelazado con el desarrollo de un puerto industrial. El petróleo y el crecimiento de la petroquímica básica y secundaria transformaron viejos centros poblacionales —Reforma, Chiapas; Tula, Hidalgo; Salina Cruz, Oaxaca; Cadereyta, Nuevo León; San Martín Texmelucan, Puebla— e intensificaron el desarrollo de centros petroquímicos (Coatzacoalcos-Minatitlán-Cosoleacaque; Ciudad Madero-Altamira; Bajío).

Características territoriales de la industrialización se reproducen con la creación de corredores industriales a lo largo de las carreteras y de los ductos que a la par facilitan el abastecimiento de energía y materiales. Crecen así los corredores México-Puebla, Puebla-Tlaxcala, Toluca-Lerma, México-Querétaro, El Bajío, Guadalajara-Ocotlán; en menor escala se repite el fenómeno alrededor de ciudades capitales: Aguascalientes, Hermosillo, San Luis Potosí, Morelos y Mérida.

Esta expansión territorial industrial está determinada por el gran capital monopolista privado nacional, extranjero y estatal. Los grandes grupos —Alfa, Visa, DESC, GIS, Celanese, Anderson Clayton, Sider-mex, Nestlé, KICA, CYDSA, Cementos Mexicanos, Industrias Unidas, Aurrerá, Gigante, etcétera— refuerzan su presencia nacional, ya no sólo por su participación en la concentración de la producción y las ventas, sino también por su ubicación territorial. Alfa por ejemplo, localizado originalmente en Monterrey, pasó a tener unidades industriales, agropecuarias, de servicios y comerciales en más de 14 estados; Celanese se ubica en 14 ciudades y DESC en más de 10, entre otras.

El petróleo y el crecimiento industrial —química, metalmecánica y automotriz— cambiaron las estructuras productivas de varias entidades incidiendo sobre una organización territorial que hasta principios de los años setenta era en algunas de ellas rural. Tabasco, por ejemplo, tiene hoy una producción deformada por el petróleo; su producto interno al igual que el de Chiapas es petrolero, pero su estructura territorial es todavía agropecuaria y sobre ella está en curso un nuevo proceso de reorganización territorial. Lo mismo puede decirse de Hidalgo y Tlaxcala que estadísticamente son estados

industriales pero territorialmente no tienen el consecuente proceso de urbanización (véanse cuadros 2 y 3).

Los grupos comerciales multiplican su presencia a lo largo del país absorbiendo las cadenas comerciales regionales e imponiendo una nueva organización del suelo urbano con los conjuntos denominados “plazas” que, al estilo americano, desarticulan la tradicional vida comercial y social de los viejos centros urbanos. Gigante aparece en más de 20 ciudades. Aurrerá, Liverpool, Palacio de Hierro, Suburbia, etcétera, no sólo se reproducen en las zonas residenciales de altos ingresos de la ciudad de México, sino también en la Plaza Dorada de Guadalajara, en el Tabasco 2000 de Villahermosa, en el Moll de Monterrey, etcétera. El pequeño supermercado en competencia feroz con la miscelánea popular y las tiendas sindicales, asociado a estos grupos –Superama, Oxo– prolifera incluso por barrios obreros y marginados. La Conasupo también multiplica su presencia y tiene más de dos mil tiendas en el territorio nacional.

En el interior de las principales ciudades del país se reubican las actividades financieras y los centros corporativos de los grandes grupos. En la ciudad de México, por ejemplo, hacia Polanco, las Lomas y Tecamachalco se levantan modernos edificios que alojan Casas de Bolsa y centros corporativos de los grupos, desde donde se organizan ventas, finanzas y comercio exterior.

La “rehabilitación” de los centros históricos de los viejos cascos de las ciudades, fenómeno internacional, implica también la reubicación de miles de habitantes, de las centrales de abasto tradicionales y de las terminales de autobuses. Se orientan estas zonas hacia actividades turísticas, de comercio especializado del gran capital y actividades culturales. Como ejemplo basten la ciudad de México, Puebla, Guadalajara y Monterrey.

La recesión económica ha llevado al desempleo masivo, agudo en la construcción, la metalmecánica, la automotriz, la textil, la fabricación de electrodomésticos, que en ciertas zonas se traduce en la paralización de actividades y sobre todo en crecimiento del desempleo y subempleo urbanos. La emigración masiva de millones de mexicanos hacia las ciudades en busca de trabajo –que no encuentran– lleva a la proliferación de “ciudades marginales” sin servicios. Chalco, nueva Nezahualcóyotl de los años ochenta, es en la zona centro el más dramático ejemplo.

El terremoto de 1985 así como la política de desconcentración de las actividades públicas ha llevado a un desplazamiento no muy

numeroso de la población de la ciudad de México, que sin embargo, ha alentado la especulación urbana en ciertas ciudades del interior.

Los cambios económicos determinados por la crisis y los procesos consecuentes de urbanización, acentúan el uso intensivo de los espacios urbanos en la zona centro del país, en la región de Coahuila-Coatzacoalcos-Minatitlán y en las principales ciudades fronterizas del norte.

Crisis y límites territoriales

Los procesos que inciden sobre la naturaleza deberían responder a los tiempos de ésta, a los tiempos de las leyes físicas o biológicas. La crisis, al violentar los procesos está llevando a límites extremos la contradicción sociedad-naturaleza.

El asentamiento concentrado en la ciudad de México tiene más de 500 años: el impacto de la competencia entre el uso urbano, industrial y agrícola de agua y suelo, empieza a ser significativo desde hace 40 años y con la crisis la acumulación de estos problemas llega a un límite en que se da un cambio de calidad en los mismos.

Su concentración poblacional, estimada ahora entre 18 y 20 millones; su expansión territorial sobre 1 000 km²; el consumo de agua de las cuencas de los ríos Lerma y Cutzamala que afecta importantes regiones agrícolas de otras entidades; la contaminación del aire, agua y suelo provocada por la concentración industrial, los más de tres millones de vehículos, el fecalismo al aire libre, y agravada por las características topográficas, afectan un territorio más extenso que el directamente ocupado por la ciudad. A estos problemas se añade el deterioro general en las condiciones de vida: desempleo real y disfrazado, inseguridad, insuficiencia de vivienda y transporte, tiempo y costo real de traslado, insalubridad, falta de agua a pesar de las grandes inversiones realizadas para traerla del río Cutzamala son problemas que en conjunto muestran que la ciudad está llegando al límite de su capacidad de soporte.

En otras ciudades del país se reproducen y aceleran este tipo de problemas a partir de los años setenta, particularmente la contaminación y el abatimiento de las fuentes de abastecimiento de agua –Guadalajara, Monterrey, Tijuana– sin negar la presencia de los otros.

El problema del agua hace crisis en particular en dos regiones: en el altiplano central con la casi desaparición de las cuencas lacustres

que aún quedaban –Chapala, Pátzcuaro, Cuitzeo– y con los problemas de contaminación y abatimiento del caudal de la cuenca del Lerma que abastece simultáneamente a la ciudad de México, Guadalajara, Toluca y a la región del Bajío.

En el norte, espacio de gran fragilidad ecológica por su aridez, el crecimiento de las ciudades fronterizas –que conjugan el paso de migrantes a Estados Unidos y la localización de industrias maquiladoras y ensambladoras– incrementa el consumo del agua. Ciudad Juárez, con más de un millón de habitantes está extrayendo anualmente 10 veces más agua que la capacidad de recarga del manto freático. (Sánchez, 1984). A esto se añade el incremento de la superficie agrícola de riego que compite por el líquido.

Con el abatimiento de los mantos y la extracción de aguas fósiles se producen serios problemas de salinización que ya no se limitan a la cuenca cerrada de La Laguna, también son de gravedad extrema en el Valle de Hermosillo y en las zonas agrícolas de Reynosa y Matamoros.

Aunque poco estudiado y cuantificado, es evidente que el país vive en los últimos años un proceso de desertificación que se agudiza por la irracional extracción de recursos forestales y por el sobrepastoreo.

La industria y particularmente los depósitos de jales de la minería contaminan el agua potable creando graves problemas de salud en ciudades del norte; a ello se añade el traslado hacia nuestro país de procesos industriales altamente contaminantes –asbesto, zinc– y el depósito de desechos incluso radioactivos en nuestro territorio y en zonas desérticas de Estados Unidos cercanas a la frontera, cuyos efectos son trasladados por la circulación subterránea de las aguas (Sánchez, 1984).

El incremento, en los últimos años, en el uso de fertilizantes y herbicidas, constituye uno de los principales focos de contaminación de ríos y del mar en varias regiones, particularmente en el noroeste.

Las aceleradas transformaciones creadas con el auge petrolero convierten a la región sureste, en especial a la zona de Coatzacoalcos-Minatitlán en una de las más contaminadas y alteradas del país. La contaminación del río y del mar, la alteración en la circulación de las aguas de los pantanos, la corrosión de los materiales, la lluvia ácida, están destruyendo la rica y variada fauna y flora de la región y creando condiciones de gran deterioro para la vida humana. Se desconocen los efectos a largo plazo de los derrames de petróleo en la plataforma marítima, rica en potencial pesquero de alto valor comercial.

Finalmente la destrucción del bosque tropical por la expansión de la ganadería y por las políticas de colonización agrícola, además de repercutir en la extinción de especies vegetales y animales tiene implicaciones en el balance energético incluso mundial.

Nueva inserción del territorio mexicano en la economía transnacional

El curso de la crisis internacional del capitalismo y las salidas a la misma que busca e impone el gran capital transnacional provocan cambios en la relación de subordinación y dependencia estructural, los que generan a su vez cambios en la utilización del espacio nacional (Castro, 1982).

Los capitales imperialistas compiten y se reparten el mundo nuevamente. El equilibrio alcanzado hasta los años sesenta por las grandes potencias imperialistas (Estados Unidos, Japón y Alemania) se ha roto; hoy estamos ante una reestructuración del espacio económico a escala mundial. Las estructuras nacionales son violentadas y junto a la penetración del gran capital transnacional en cada país se multiplican los problemas regionales, exhibiendo aspectos de la “cuestión nacional” no resueltos aún.

El gran capital transnacional está imponiendo una nueva utilización de los territorios nacionales de los países subdesarrollados. En ella los factores clásicos que han determinado la localización territorial de la producción en los países capitalistas adquieren nuevas características relacionadas con el desarrollo tecnológico y con la nueva escala de dominio territorial de las empresas.* Lo acelerado de estos procesos (técnicos y de concentración económica a escala mundial) está modificando constantemente las condiciones óptimas de localización y llevando a un desplazamiento continuo de los procesos productivos, ahora factibles de ser fragmentados a escala mundial y genera una competencia por el abastecimiento de la mano de obra de los países subdesarrollados.**

Nuestro país no escapa a esa situación, está inmerso en ella; su territorio adquiere nuevos intereses y perspectivas para el gran

* Mistral, J. 1983, presenta un interesante análisis para el año 1980 sobre los cambios tecnológicos, desarrollo de la robótica y relocalización industrial.

** Frobél, F. *et al.*, 1980, realiza un detallado análisis de este proceso a partir de la industrialización alemana. Trajtenberg, R. *et al.*, 1982, presentan elementos fundamentales de lo que denominan la fase transnacional para el caso de América Latina.

capital trasnacional en competencia. El carácter estratégico de su ubicación geográfica adquiere nuevos perfiles, lo que se conjuga con la redefinición del carácter estratégico de las materias primas, con nuevas formas de explotación de la mano de obra donde la intensificación vía maquiladoras es característica de una nueva división internacional del trabajo que se fragmenta y dispersa por el mundo.

A lo largo de la crisis va imponiéndose en México una política de reorganización productiva hacia el exterior. Los puertos industriales que se proyectaron —Altamira, Salina Cruz, Lázaro Cárdenas y Ostión— tenían como ejes a la industria básica y petroquímica. Los tres primeros están en marcha, si bien con un rezago considerable. Ostión fue suspendido y sólo está la enorme extensión de tierra expropiada.

En la década de los años ochenta se acelera el proceso de restructuración de capitales y con ello de restructuración industrial y regional. Se cerró Fundidora Monterrey que tenía una capacidad de más de un millón de toneladas de acero al año y varias decenas de filiales. También Aceros de Chihuahua. Si bien concluyó la segunda etapa de la siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas, la tercera se pospuso y el proyecto de puerto industrial quedó en entredicho. El puerto se mantiene, sin embargo, como entrada y comunicación industrial hacia el Pacífico.

La economía se orienta hacia el mercado exterior y al mismo tiempo se abre el mercado interno a una importación indiscriminada de mercancías, muchas de ellas “chatarra” y se pone en peligro la frágil estructura industrial de bienes de consumo que creció al amparo del proteccionismo estatal.

La industria automotriz que vivió su auge de mercado interno y llegó a fabricar 500 mil unidades en 1981, inició en 1980 su reubicación geográfica hacia el norte del país buscando fuerza de trabajo más barata, condiciones de contratación más favorables a las empresas y la reorientación al mercado externo. La Ford abrió una planta en Hermosillo, General Motors en Aguascalientes y Chrysler en Saltillo.

Al abandonar el Estado su participación en la industria automotriz y dejarla en manos del capital extranjero, Ciudad Sahagún —complejo industrial estatal creado en los años cincuenta— inicia su declive con una planta semiparalizada. Se buscan no sólo nuevos capitales privados, sobre todo extranjeros, sino también nueva mano de obra con nuevos sindicatos, cuyos contratos sean más baratos.

La maquila extranjera se vuelve en los últimos años la actividad más dinámica: genera empleo, principalmente femenino, y divisas en

las cuentas de la balanza de pagos, pero apenas si consume un dos por ciento de insumos nacionales. Hoy emplea más trabajadores --350 mil-- que el petróleo, la siderúrgica y la automotriz en conjunto; y exporta 2 200 millones de dólares (INEGI, 1988). Regionalmente disminuye el impacto de la crisis en la frontera norte donde se concentra, pero crea nuevos problemas urbanos y sociales.

Esta frontera, espacio estratégico donde nuestra configuración como país independiente vuelve a sufrir el acoso del capital monopolista, hoy no sólo norteamericano sino también japonés.

El traslado de espacios productivos, financieros y comerciales hacia Oriente y Oceanía convierte el litoral del Pacífico en otro territorio estratégico. Baja California por su cercanía y lazos con Estados Unidos y los puertos de Lázaro Cárdenas y Salina Cruz, responden y se insertan en esa perspectiva. El nuevo poliducto de 48 pulgadas que atravesará el Istmo de Tehuantepec surtirá sin duda al imperialismo japonés en ascenso.

Nuestro energético fundamental, materia prima estratégica, se desperdicia irracionalmente en función de los intereses trasnacionales, abastece la reserva estratégica norteamericana y crecientemente a la economía japonesa. Hoy nuestras reservas petroleras son menores que las de hace seis años, (Pemex, 1989).

Al gran capital trasnacional en esta crisis le estorban las barreras nacionales que el mismo capital requirió para su consolidación. El imperialismo lleva consigo, como se sabe, la internacionalización del capital desde fines del siglo pasado; hoy esa internacionalización empuja una nueva ofensiva, más peligrosa, contra la integridad territorial de nuestras naciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Alonso, *et al.* *La nacionalización de la banca, la crisis y los monopolios*, México, Edit. Nuestro Tiempo, 1982.
- Aguilar, Alonso, *et al.* *Naturaleza de la actual crisis*, México, UNAM-Nuestro Tiempo, 1986.
- Banco de México. *Indicadores económicos, carpeta histórica*, México, agosto 1987.
- Banco Nacional de Comercio Exterior. *50 años de financiamiento al comercio exterior*, tomo I, p. 228, México, Bancomext, 1988.
- Carmona, Fernando, *et al.* *México, el curso de una larga crisis*, México, UNAM-Nuestro Tiempo, 1987.
- Castro, Fidel, *et al.* *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados*, México, Edit. Nuestro Tiempo, 1982.

- Cataife, Daniel, *et al.* *La fase actual del capitalismo*. México, UNAM-UAM-Nuestro Tiempo, 1985.
- Cordero H. Salvador. "Concentración industria y poder económico en México", *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos* núm. 18, México, 1977.
- Frobel, F., J. Heinrichs, y O. Kreyes. *La nueva división internacional del trabajo*, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- INEGI.SPP. *Avance de información económica. Industria maquiladora de exportación*, México, agosto 1988.
- INEGI.SPP. *Sistema de Cuentas Nacionales, Cuentas de Producción del Sector Público 1975-1983, 1980-1984*, México, 1986.
- López Portillo, José. *VI Informe de gobierno*, Secretaría de la Presidencia, septiembre, 1982.
- Mistral, J. "Internacionalización y multipolarización. Algunos aspectos de una competencia internacional renovadas", en *Trasnacionalización y periferia semindustrializada*, México, CIDE, 1983.
- Negrete, Salas, María Eugenia y Héctor Salazar Sánchez. "Zonas metropolitanas en México, 1980", *Estudios demográficos y urbanos*. México, El Colegio de México, vol. 1, núm. 1, enero-abril, 1986, pp. 97-124.
- Petróleos Mexicanos, *Anuario Estadístico de Pemex*. México, 1989.
- Sánchez, Vicente y Fernando Ortiz M. "Aspectos ambientales del desarrollo de una región fronteriza", *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XVIII, núm. 69, marzo, 1984.
- SARH, *Distritos de Desarrollo Integral*, Documentos Inéditos, 1988.
- SCT-*Anuarios estadísticos* 1970, 1980 y 1985.
- SECOFI. *Informe de la Comisión Nacional de Inversiones Extranjeras, 1988*.
- Secretaría de Gobernación "Los municipios de Quintana Roo", *Enciclopedia de los municipios de México*, México, 1987.
- Trajtenberg, Raúl y Raúl Vigorito. "Economía y Política en la fase trasnacional, reflexiones preliminares", *Comercio Exterior*, vol. 32, núm. 7, México, julio, 1982.